

## LA VOCACIÓN

*Despacito, muy despacito, ábreme el ketchup linda, derrámalo por la salchicha del perrito...Sexta Avenida nena, muerde el pan rodeado de pepinillo y cebolla, no sabe al de los grandes almacenes de mobiliario, sabe a ti y a mi en la gran manzana....*

-¡Manolo a comer!- Brama mi madre desde la cocina. Ni siquiera se para a pensar que su hijo está escribiendo, ni se acerca como en las películas a susurrarme, después de llamar delicadamente a la puerta: “Manuel cariño, la comida está en la mesa”, volviendo a salir suavemente depositando antes un casto beso en mi cabellera. Tampoco ella es lo que era, ni penden ahora de las paredes del salón sus fotos de modelo enmarcadas neutra y elegantemente. Además, yo soy calvo, sufro alopecia desde los 15.

Mi calvicie ha sido una constante limitación en mi vida. Quise ser músico, pero un guitarrista calvo no tenía glamour, los melenas hicieron mucho daño a mi generación. Después, quise ser director de cine, me apunté a una escuela y encajaba en el perfil: calvo, gordo, culto, lo que llamaría cualquier choni de medio pelo: un friki. Todo iba muy bien, hasta que hicimos el proyecto de fin de curso. Allí percibí que mis compañeros, además de inadaptados sociales sin agallas (de ser así estarían en el reformatorio y no en la escuela de cine), tenían pasta y así dieron la campanada con producciones a la altura de los Cohen: trabajo intenso, ingenioso y con capital por medio. El día de la presentación del proyecto descubrí que jamás llegaría a ser director de cine. Por la vía económica se vetaron otras tantas vocaciones: productor, director de arte, fotógrafo, galerista...digiriendo la cruda realidad: el arte es para ricos o para flacos pobres que se alimentan de lujuria, cigarrillos y pasión. Y además, para esto último, hay que ser guapo.

Yo soy un tío normal, por eso me he dado a la escritura, porque lo hago en soledad, no vale dinero y puedo parar para atender a mi madre.

Mi madre es un ser especial, pienso mientras me acerco despacio a la cocina, me encanta hacerle

de rabiarse, que piense que no la he hecho caso, para cuando sale hecha una furia al pasillo, cogerle en volandas y hacerle reír.

Mamá era una mujer preciosa, con quince años se presentó a un concurso de modelos, no ganó, pero una agencia de moda le fichó para moldearla y hacerle una de las suyas. No fue posible, mamá era un espíritu libre y su ambición se limitaba a ganar el suficiente dinero para ayudar en casa pagándose ella misma sus propios caprichos (una crema hidratante de pelo nueva, una colonia especial, unos pendientes en el mercadillo...) sus amigas cuidaban niños, ella se probaba ropa para otros y no deseaba ir más allá. Con los años, ironías de la vida, su desprecio por lo común se convirtió en su mayor atractivo y comenzó a trabajar, mucho y a ganar mucho dinero, pero entonces llegué yo.

Como una ola, llegué yo a su vida, arrasando lo que había conseguido.

Mi madre sufrió en el parto y tuvo hemorragias internas, externas y como consecuencia, tuvo que estar veinte días de reposo y llevar una alimentación variada y rica en hierro. Ella llevaba tanto tiempo a dieta, que aquella comida cocinada por mi abuela le devolvió la vida literal y metafóricamente: filetes empanados, macarrones con chorizo, albóndigas caseras, cocido, hígado en salsa negra... así me inicié yo en este mundo, chupando de la teta tan ricos elementos conjugados en un puchero, que inevitablemente se me catapultó a la gordura.

A mí me gusta comer y sé que me paso, está claro, pero sitúense en mi vida y barajen las opciones:

- Estar delgado: si estuviera delgado, como soy calvo y eso es irremediable, parecería enfermo, por lo que no es una opción.
- Ir al gimnasio: lo intenté, lo juro, pero me aburría mortalmente, sudaba mucho y eso era un impedimento para establecer relaciones sociales y sin relaciones sociales, la sala de máquinas era igual que una sala de tortura.
- Practicar algún baile: ni me lo planteé, ridículos lo justo.
- Running: sólo el hecho de practicar una actividad tan simple como correr, rebautizada con

un anglicismo tan hortera como *runnning* me echaba para atrás. Probé, pero pronto me di cuenta del truco, los que acudían a grupos de *running* ya eran esbeltos, antes habían pasado por un periodo de adaptación en solitario, ya que todos habían estado horas corriendo por calles solitarias donde nadie se pudiera reír de la indumentaria tan poco *in* que les embutía y de su respiración ahogada *master size*.

En fin...podría describirles todas las ideas absurdas que dan en las revistas sobre cómo tener un cuerpo diez, pero en lugar de seguir obsesionándome, me resigné a ser como soy.

Mi madre, sin embargo no lo superó. Cuando logró recuperarse de mi nacimiento llegó la depresión postparto y con ello se sumaron otros cinco kilos a los anteriores cinco de sangre dulce y proteínica que había acumulado. No pasaba nada, era preciosa, una talla 44 era perfecta en esa piel tostada y esa melena castaña que arrullaba mi corazón. Pero en la agencia, como no se arremolinaban entre su blanda tripa y sus suculentos pechos, no lo vieron igual y le pidieron que adelgazara antes de volver por allí. Mi madre, una vez más, se reveló contra el mundo y se encerró a criarme entre salsas y pucheros.

Aquí está ella, en jarras, con cara de mala leche asomando por el pasillo “es que estás sordo o...” la levanto por los aires y ella se ríe a carcajadas “para, para , para...que...”

Empieza a toser ansiosa, mi madre tiene por costumbre picotear y del cocido le encantaba rescatar, antes de la comida, un trocito de jamón asado para degustarlo con el pan recién comprado. Pero esta vez el “picar” le estaba saliendo mal, muy mal.

Intenté rodearla por detrás con mis brazos, bajo su pecho, como había visto en las películas, pero no sabía, el trozo de jamón no salía, en el cine parecía tan fácil, pero ahora...debía estar muy profundo, en algún lugar de sus entrañas dominadas por los medios y poderes fácticos que se jactaban de que comer jamón terminaría con ella.

Y así fue.

Mamá ha muerto. Estoy solo. Tengo diecinueve años y muy poco en la vida: hambre, sueño y una

pena profunda: el ser que más amo se ha ido y estoy huérfano de todo.

Me acerco por el pasillo, que huele al ambientador de vainilla de la gran cadena de supermercados españoles y lo tiro al suelo, no quiero que se cuele en mi casa los olores del poder. Con ella todo olía a vida, a amor, a felicidad, a ternura, a calor.

Entro en la cocina y abro mordisqueando mis lágrimas el bote de orégano, “la mia mamma”, sale de mi boca como una exhalación, macarrones con chorizo y una pizca de orégano...Me levanto apresurado a por su delantal, el olor de su cuello está impregnado en las tiras que torpemente anudo sobre el mío. Me lo ajusto a la cintura y enciendo el transistor para seguir alimentándome de recuerdos, suena Sabina y comienzo a bailar, llenando el espacio de las baldosas frías. De improviso, se corta la canción para sonar la sintonía de cabecera de la cadena de radio de toda la vida y las notas me arrancan un gemido emergente de mi estómago apocado y me hacen golpear los puños contra la tabla de cortar que mi madre dejó impoluta con un chorrillo de lejía.

Golpeo, golpeo y golpeo sin piedad, quiero romperla, quiero romper ese dolor, no puedo más.

Un grito al fin desgarró el aire, la tabla se rompió, mis dedos sangran.

La vocación aflora.

Abro la nevera y empiezo a llenar la mesa con tomate, harina, pimiento, cebolla, azúcar, con todo lo que encuentro. Es absurdo, porque no sé cocinar. Busco el cuaderno de mi madre y me pongo a soñar con sus recetas. Me pongo a fabricar amor. Pasan quince horas y no queda nada en la cocina que no haya pasado por el rallador, el cuchillo, la sartén o el cazo. La cocina huele a caos, de nuevo huele a vida. Mi nueva vida, la vida que siempre ansié.

Ahora soy calvo y me respetan, soy gordo y me quieren. Me han otorgado una estrella Michelin que le brindo a mi propia estrella que luce siempre en un rincón del cielo para mí. Felicidad y calma, por fin.